POR UN DICCIONARIO DE CAMPOS SEMÁNTICOS

Rafael del Moral

Madrid

Las palabras son unidades teñidas de magia. Trabajar con ellas llega a turbar, a emocionar, a sobrecoger. La reflexión sobre la manera de abarcarlas se instala en el pensamiento como cualquier otra testarudez. Pueden pasear por la mente esos asuntos triviales, tan incondicionalmente inofensivos, acariciarlos, concentrarse o no en ellos, y pasar deleitosos momentos sin acordarse de si son placeres o sinsabores otras reflexiones sobre la vida o sobre la ciencia. Esa habilidad mental, privilegio de unos cuantos lexicólogos, es extensible a otros ámbitos de la labor investigadora responsable y útil.

Nuestra lengua y el inglés parecen despuntar frente a otras muchas como instrumentos de comunicación. Y desde ese preeminente uso, y anticipo con sentido periodístico la dimensión de esta ponencia, no cuenta con una herramienta de trabajo tan eficaz como un *Diccionario de Campos Semánticos*, auque muchos usuarios pudieran pensar que sí lo tenemos.

El léxico del inglés, francés, portugués y ruso ha sido recogido en repertorios, en clasificaciones de palabras ordenadas por significados que aún no existen para los hablantes de español. La lengua inglesa dispone del *Thesaurus* de Roget, una clasificación en unos mil grandes campos semánticos, tan útil e interesante que ocupa un lugar en los hogares anglófonos con la misma extensión y uso que el *Petit Larousse* preside las consultas léxicas de los usuarios francófonos, o el *DRAE* los desacuerdos lingüísticos de los hispanófonos. No exigen los ingleses un diccionario de semasiológico con el que tantos usuarios se muestran interesados. Ese onomasiológico o de significantes, el Roget, donde las palabras ocupan un lugar, sin explicaciones que las viste de sentido, sirve como diccionario básico. Y tanta extensión y uso ha llegado a alcanzar que los hablantes de francés, interesados por un instrumento de parecido servicio y provecho, adaptaron la estructura y lo versionaron. Y aquella clasificación fue publicada por la prestigiosa editorial Larousse. La lengua portuguesa cuenta con la clasificación de **Carlos Spitzer**

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos

Centro Virtual Cervantes

llamada *Diccionario Analógico. Tesoro de vocablos y frases de la lengua portuguesa.* Y la lengua eslava más extendida, por poner un ejemplo más, ha desarrollado el *Diccionario temático de la lengua rusa,* instrumento que estos últimos años se extiende con fuerza en aquel ámbito, y entusiasma y alimenta de términos a sus usuarios, aunque, una vez más, y al igual que en los anteriores, no utiliza el complejo orden alfabético, sino el lógico, el impuesto por los significados.

La necesidad de una clasificación léxica de este tipo ya la sintieron los hablantes de aquella primera lengua moderna del mundo occidental que fue el griego. El gramático y retórico Julio Pólux, nacido en Nauratis, Egipto, hacia el año 135 de nuestra era, y que vivió unos cincuenta y siete años, redactó una clasificación de las palabras que llamó *Onomasticón.* Era el primer intento occidental conocido por construir un vocabulario de la lengua ajeno a las exigencias del orden alfabético, y ajustado a la lógica de las palabras. O, dicho de otra manera, un tratado sobre el léxico donde se buscan palabras, y no el significado de las mismas, aunque también lo descubrimos al encontrarlas en su lugar rodeadas de otras de parecido valor sinonímico, afín o semántico. El gramático Pólux las clasificó por series de ideas análogas, y encontró que la división en diez partes se ajustaba a la visión de los conceptos y cosas que era necesario denominar en el mundo de la lengua vehicular de entonces. Aquellos apartados y subapartados han sobrevivido incompletos. Especialmente interesante es el desarrollo de la terminología dedicada a la música y al teatro.

El interés por este tipo de información lingüística, es, a mi juicio, tan necesario como esas otras dos obras fundamentales para la descripción de una lengua que son la gramática y el diccionario de significados. Pero cayó en el olvido, como tantos otros asuntos relacionados con el conocimiento científico, durante muchos siglos, hasta que nació en Londres, en 1779, Peter Mark Roget.

Peter Mark Roget, educado en la exigente sociedad inglesa, no fue, durante la mayor parte de su vida, sino un lingüista aficionado. Hizo de la medicina su única profesión, y a ello dedicó su vida. Una vez retirado, a la madura edad de 61 años, recuperó un pequeño trabajo de juventud, una clasificación de palabras por conceptos que había realizado con veintitantos años por mero placer estético, tal vez como quien se entretiene completando un crucigrama. Había dejado aquellos apuntes guardados en cualquier cajón, y, abandonada su vida profesional, les quitó el polvo y dedicó su tiempo y deseo a organizar y ensanchar aquella base léxica, hasta conseguir, once años des-

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

pués, una amplísima clasificación de palabras que publicó en 1852 con un título espectacular: *Tesoro de las palabras y las frases de la lengua inglesa clasificadas para facilitar la expresión de las ideas, y como ayuda en la composición literaria.* Su libro, en efecto, es una colección de palabras sin explicación alguna. Sus significados son deducidos por los hablantes ingleses en función de sus conocimientos básicos, a los que añaden los de las palabras vecinas, para dar el verdadero valor a la elegida. Está dividido en seis partes, cuatro menos que el de Julio Pólux. Pero esto no parece lo más importante. Peter Mark Roget murió a los 90 años. Se fue sin imaginarse que su *Thesaurus* se editaría más de sesenta veces, que se extendería, acompañando a la propagación de la lengua inglesa, por todo el mundo, que se actualizaría en más de cincuenta ocasiones con nuevas palabras, que se venderían más de treinta millones de ejemplares, y que sería un compañero indispensable en muchas generaciones de escritores y demás usuarios anglófonos. Hoy, reconocido como un clásico, y difundido en baratísimas ediciones de bolsillo, ocupa un lugar el las estanterías de todas las bibliotecas y en la mayoría de los hogares de habla inglesa como uno de los diccionarios de referencia más importantes de aquella lengua y, por tanto, del mundo. La clasificación de palabras de Peter Mark Roget ha superado con incuestionable éxito el test del tiempo, y se ha mostrado capaz de absorber los nuevos conceptos, el vocabulario técnico y las expresiones coloquiales con la estructura que él ideó. Actualizado y difundido por sucesivos editores, hoy es indispensable en el moderno uso de la lengua vehicular de la humanidad. En cualquier librería de cualquier país, no sólo de dominios anglófonos, que tenga un mínimo espacio dedicado a los estudiantes ingleses, allí está el *Tesoro de las palabras y frases del inglés* a disposición del interesado y el estudiante. El libro, como hemos dicho, fue traducido al francés, o mejor dicho, versionado, conservando sus estructuras. Nadie se interesó, sin embargo, por llevar a cabo una versión española. Las más prestigiosas editoriales dedicadas a la publicación y estudios de la lengua se muestran poco interesadas por la publicación de este tipo de trabajos. Parecen conscientes del escaso atractivo de una clasificación tan viva entre los usuarios. Y estas opiniones, tan irrefutables desde la apariencia, sólo las podemos entender con una lectura condicionada. No parece adecuado pensar que se trate de menosprecio a tan interesante modo del conocimiento del léxico. Más vale explicarlo diciendo que, cuando pudo interesar, cuando pudo interesarnos, apareció un lexicógrafo excepcional, antecesor de una lexicógrafa incomparable: era Julio Casares Sánchez, seguido de María Moliner Ruiz.

Julio Casares Sánchez nació en Granada 23 años antes que María Moliner, en 1877, y murió en 1964, 17 años antes que ella. La historia lo

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

conocerá y recordará por su original legado, recogido en un trabajo lexicográfico, ya clásico, su Diccionario ideológico de la lengua española. El trabajo aúna rigor y amenidad dentro de un nuevo concepto de abordar el estudio de los significados de las palabras, y las relaciones de afinidad establecidas entre ellas. Julio Casares estudió derecho, que no lingüística, en la universidad de Madrid, pero también... música. Con 29 años accedió a su primer trabajo: formar parte como violinista en la orquesta del Teatro Real de Madrid. Pero aquello no le proporcionó estabilidad económica alguna. Necesitado de actividad laboral menos sujeta a los vaivenes de la fortuna tuvo que buscar... otra cosa. Y no se protegió en la jurisprudencia, que era su formación, ni en la enseñanza, amparo de tantos lingüistas, ni siquiera en la vida bohemia y variada de los músicos, no, en nada de eso: hubo de trabajar durante algún tiempo en... un taller de ebanistería. Y como aquello tampoco podía ser la solución para un joven como él, abandonó toda actividad remunerada y se concentró en la preparación de unas oposiciones para funcionario en el Ministerio de Estado, es decir, el camino que tanto ha asegurado la estabilidad de los españoles durante el siglo XX. Lo demás, como tantas veces ocurre, fue una carrera guiada por el trabajo y las favorables influencias del azar. Interesado por las lenguas orientales, y estudioso por libre de aquéllas, fue nombrado agregado cultural en la embajada de España en Tokio. Le interesaba el japonés, pero también el fenómeno lingüístico. De regreso a Madrid cultivó los círculos intelectuales, escribió ensayos y artículos relacionados con la lengua y la literatura, ganó prestigio intelectual y, en su progresivo ascenso en puestos de la administración, fue nombrado delegado de España en la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, y más tarde miembro de la Real Academia Española, y luego, en 1936, secretario perpetuo de la misma. Desde cargo tan privilegiado, presentó en numerosas ocasiones el proyecto de elaborar un diccionario ideológico de la lengua española. No creyeron en él. Los vetustos académicos se mostraron tan reacios a acometerlo como a incorporar algunas de las propuestas metodológicas del intelectual granadino a las técnicas lexicográficas tradicionales que regulaban la revisión periódica del diccionario académico oficial.

Ante la falta de entusiasmo de sus compañeros, Casares emprendió por cuenta propia la redacción de esta magna obra. Trabajó muchos años en ella, tal vez unos quince, y la publicó en 1942 con el ya clásico título de *Diccionario ideológico de la lengua española*. Aquella primera edición, revisada en las posteriores, encontró su definitiva redacción en 1959, fecha en que echó ancla hasta hoy. Casares había tenido la ocasión de conocer los grandes diccionarios ideológicos que enriquecían la lexicografía inglesa, francesa y alemana sembrada por Roget. La parte alfabética no ofrece novedad: es un

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

mero listado de palabras con su significado. La primera parte, que él llama parte sinóptica, es una atractiva y graciosa clasificación de ideas en cuarenta páginas. La central, la llamada parte analógica, recoge en unas 500 páginas su verdadera aportación al estudio del léxico. Pero a diferencia de las obras europeas, Casares no se atrevió a abordar el revolucionario orden semántico o lógico, o de significados, y, más conservador que sus colegas ingleses, se refugió en el alfabético. A pesar de todo, el lector puede partir de su propia competencia lingüística, es decir, de las ideas que ya se ha forjado acerca de un concepto, para llegar a todas las palabras que la designan o que tienen alguna relación de significado con ella. Este procedimiento permite, entre otras innovaciones, localizar una palabra desconocida a partir de una idea aproximada del concepto general que se busca; hallar palabras similares a las que se investigan, pero más precisas y exactas que las originariamente concebidas; manejar toda la gama léxico-semántica de una idea o concepto y, en general, tener acceso a todo el vocabulario que integra el campo semántico de una voz.

Mark Peter Roget clasificó de manera lógica 980 conceptos, es decir, listados, que él inicia con una palabra clave y luego desarrolla. En su orden evoca, voz a voz, un abanico de ideas, de sugerencias, de valoraciones. La palabra *boda*, por ejemplo, elevada a la categoría de hiperónimo, es la número 894 de sus entradas, pero en su contenido aparecen, en grupitos, todas aquellas relacionadas: las que denominan a los enamorados, las que aluden a los tipos de bodas, las que designan los grados de parentesco, las que se refieren a las situaciones de la ceremonia, las expresiones... Y así hasta un total de unas trescientas. El siguiente grupo, el 895 se denomina *celibato*, y el 896 *divorcio*.

Casares nos da algo parecido, pero en orden alfabético, y no cuenta con 980 conceptos en orden lógico, sino con unos dos mil. El inconveniente del irracional orden alfabético es que necesariamente los significados están aislados. Pero al conjuro de la idea, a la llamada del concepto, Julio Casares ofrece en tropel las voces, seguidas de las sinonimias, analogías, antítesis y referencias. Nos regala un metódico inventario del inmenso caudal de palabras castizas que por desconocidas u olvidadas no nos prestan servicio alguno, otras cuya existencia se sabe o se presume, pero que dispersas, y agazapadas en las columnas, nos resultan inaccesibles mientras no conozcamos de antemano su representación en la frase. Pero lo que destaca, lo que dignifica al diccionario de Casares es que ha reunido las palabras del español en torno a uno de los hiperónimos que él concibe. Como tantos intelectuales del siglo XX que han dedicado su vida a la investigación, que han alejado su pen-

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

samiento del mundo para concentrarlo en la lingüística, Casares murió con casi noventa años de edad, probablemente pensando más en la vida de sus revoltosas palabras que en cualquier otra peregrina y triste imagen de la senectud.

María Moliner Ruiz no pertenece exactamente a la generación de Casares, ni siquiera a la de los atildados lingüistas del siglo XX, ni a las clases académicas, ni y al encumbrado, y tal vez soberbio, cuerpo docente, pero sí a ese reducido grupo de personas decididas, tenaces, capaces de cultivar con mimo y esmero ese mágico y seductor mundo intelectual. Mujer sencillamente interesada, y para muchos, marcadamente natural y franca, al igual que Mark Peter Roget y Julio Casares, dedicó buena parte de su vida a la redacción de su *Diccionario de uso del español* que publicó a los 66 años de edad. Casares lo había hecho a los 64 y Roget a los 73, es decir, todas son obras de madurez, que es cuando se han agitado, ajustado y acomodado las palabras multitud de veces en la vida, en lecturas y conversaciones; que es cuando la mente alcanza la plena riqueza léxica. Pues bien, la obra de María Moliner es, una vez más, el resultado de una serie de circunstancias a veces favorables, a veces adversas, pero en una detenida lectura de la biografía de la autora parece como si la adversidad hubiera contribuido a un mejor logro de sus objetivos. Las grandes obras individuales no son el resultado de una minuciosa programación, sino el alumbramiento, la conjunción de un abanico de eventos entre los que el trabajo, la inteligencia y la paciencia ocupan un lugar de privilegio. Y... ¿Quién es María Moliner Ruiz? Si por cualquier circunstancia hubiera dejado su obra a medias o casi acabada, no la llamaríamos escritora, sino bibliotecaria. Una olvidada bibliotecaria. En ella coinciden las tres características necesarias para la elaboración de un trabajo como el suyo: el acoplamiento familiar y formativo, es decir la magia; la capacidad para captar las necesidades y ajustarlas con tanta inteligencia como humildad, es decir la mente privilegiada; y las circunstancias propicias, es decir el ambiente necesario para la creación del mito.

Del detenido análisis de su vida y sus actuaciones descubrimos, en primer lugar, el mundo prodigioso de su infancia y juventud. Hija y nieta de médico rural, tiene a su alcance la fina y delicada educación de familias tan privilegiadas. Aunque nació en Paniza, provincia de Zaragoza, a la vez que el siglo veinte, a los dos años ya residía en Madrid. Su familia además, según todos los indicios, tenía sólidas raíces asentadas en una tradición liberal, y tanto ella como sus dos hermanos estudiaron en la Institución Libre de Enseñanza, cuna de tantos ilustres sabios del siglo. Perteneció a una de las primeras generaciones de mujeres universitarias: Filosofía y Letras, por entonces tal vez la única carrera femenina, sección de historia, también única espe-

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

cialidad de la Universidad de Zaragoza. Y en cuanto termina la licenciatura, busca, a la temprana edad de veintidós años, el mismo acomodo que Julio Casares: una plaza de funcionaria, ganada por oposición, en el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Seguimos en la magia. Entre 1922, que empieza a trabajar como funcionaria, y 1970, año en que se jubila (las dos últimas cifras coinciden con su edad), a María Moliner nadie la conoce por otro oficio que el de bibliotecaria. Primero en el archivo de Simancas, después en Murcia, Valencia, y luego, en su traslado a Madrid para acercarse a su marido, en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Lo que nadie puede saber muy bien es cuándo, ni cómo, ni por qué, inició la elaboración de su magna obra. Supongamos que fue hacia los años 1950, y que, en labor parecida a la constancia que exigen otros menesteres, pero con una mente privilegiada, invirtió unos 15 años de trabajo... Conocemos sus instrumentos: una máquina de escribir, un lápiz y una goma... Y sus carencias: nunca dispuso de un privilegio universitario, ni académico, ni de otra institución. Nunca recibió favor alguno que le permitiera desarrollar ese hormigueo en sus búsquedas, esa clasificación tan ajustada, esas palabras y expresiones tan propias. El hecho es que en 1966 la editorial Gredos, que no Espasa, publicó el primer volumen del *Diccionario de uso del español*, y un año después el segundo. ¿Qué hace una bibliotecaria ocupando los espacios reservados a los profesores de universidad, a los académicos, a los eruditos? Por entonces, sólo por entonces, cuando María Moliner contaba con 67 años, el mundo empieza a conocer su obra. Pero poca gente se hace eco de aquel excepcional evento.

El diccionario de uso, y esto es lo que aquí interesa, nos informa sobre sinónimos e ideas afines a las palabras, pero también sobre los primos hermanos y primos lejanos de las palabras, y ofrece todo un campo de parentesco o campo semántico... Y he aquí lo realmente nuevo, lo portentoso, lo que a tantos lectores conmueve: lo que hace es similar a lo que habían elaborado los lexicógrafos Mark Peter Roget o Julio Casares Sánchez en sus diccionarios ideológicos, temáticos o conceptuales.

A nadie pareció inquietarle la renovación de su obra hasta que, en mitad de la década de 1990, la de las grandes publicaciones de la Academia, y de la lexicografía, la editorial Gredos reúne a un grupo de expertos para su actualización, y en 1998, un año antes de la *Ortografía* y la *Gramática Descriptiva*, la editorial Gredos publica la segunda edición del *Diccionario de uso del español*. Esta elegante nueva versión, sin desdeñar nada de la primera, claro está, es, probablemente, el intento renovador más ambicioso que ha producido el siglo XX en el ámbito del diccionario analógico, ideológico o temático. Me refiero únicamente a este ámbito, y no a los usos semasiológicos.

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

Pocas son las lenguas del mundo que disponen de un diccionario tradicional, de ése que estamos acostumbrados a ver, del de significados. Muchas menos tienen el privilegio de disponer de un estudio semántico o ideológico, o conceptual o temático, de su léxico, apenas una docena: el griego fue la pionera, luego el inglés, el francés, el portugués, y el ruso. Y también, a su manera, el italiano y el alemán. La tradición lingüística oriental había otorgado obras de este tipo a dos de sus lenguas que más han desarrollado su dimensión cultural a través de los tiempos, el chino y el sánscrito. Y entre contemporánea a todas ellas, nuestra lengua, nuestra vibrante y universal lengua, protegida en los excelentes listados de Moliner, no queda, ni mucho menos, tan sutilmente descrita como en los diccionarios temáticos del francés o del ruso.

Creo que muchos estudiantes, investigadores y usuarios de la segunda o tercera lengua actual de la humanidad agradecerían tener a su alcance una obra que conceda ordenadamente a nuestro léxico el valor semántico que le corresponde, y que cumpla los siguientes principios, o al menos la mayoría de ellos:

1. Que esté dispuesta en una ordenación lógica que huya del irracional sentido del orden alfabético.
2. Que aparezca preferentemente clasificada en unos tres o cuatro mil campos semánticos, según cálculos aún frágiles, para dar cabida a la expansión léxica de los últimos años.
3. Que esos campos semánticos vivan vecinos unos con otros, aparezcan unidos y seguidos según significados en clasificaciones que, como en las prietas hojas de un árbol, se desplacen ordenadas desde el tronco hacia las más distantes y recónditas ramas.
4. Que cada palabra domine desde su significado más amplio o hiperónimo al grupo de palabras o hipónimos que contiene.
5. Que cada uno de esos campos distinga con independencia y precisión sustantivos de adjetivos, y adjetivos de verbos, y verbos de adverbios, y conceda un apartado especial a los campos semánticos cerrados.
6. Que cada voz ocupe un lugar, un espacio definido por las palabras que aparecen a su lado, por algunas breves explicaciones que encabecen el listado, y por otras que encabecen el listado del listado en su viaje hacia el tronco, de tal manera que cada término reciba su valor por el lugar que ocupa en el gigantesco árbol.
7. No debe obedecer nuestro diccionario, necesariamente, a ninguno de los criterios que han inspirado los actuales, pero sí organizar los campos de manera que, una vez creados, cada una de la células per-

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes

mitan invitar en sus espacios a las recientes palabras, a las recién nacidas, a las resucitadas o a las que, desde otras lenguas, sean bien recibidas y encajadas.

Desde nuestro modesto puesto de estudiosos y artífices de nuestra lengua, digámoslo con templanza y sosiego, y para concluir, consideramos necesario y urgente que el español se perpetúe en un diccionario lógico de campos semánticos, en uno de esos libros que se instalan en el pensamiento como cualquier otra testarudez... Y que ese estudio perdure, como nuestra lengua, durante una larga y pacífica vida a través de los siglos.

ACTAS XXXIX (AEPE). Rafael DEL MORAL. Por un diccionario de campos semánticos
Centro Virtual Cervantes